

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

ALEGRIA

EL BOMBARDEO INCESANTE

TENGO la impresión de que en el mundo entero se ha desencadenado un ataque frontal contra la alegría. El siglo veinte tal vez pase a la historia como el siglo de los antibióticos o el de la aventura espacial; pero no como el siglo de la risa o el de la paz interior. Nada más fácil que hallar testimonios que ratifiquen lo que acabo de decir. Los psiquiatras nos informan sobre el incesante aumento del número de depresivos; la publicidad le propone al hombre toda clase de sensaciones inéditas; los sociólogos hablan de la muerte del individuo en el vientre de la colectividad. La época de las planificadoras a sueldo ha terminado: el enclenque perfil de muchos jóvenes tiene forma de lágrima. Por lo demás, un estudiante de la Sorbona afirma haber detectado que en la novela contemporánea escasean cada vez más los personajes que «sueltan una carcajada», exceptuando las «carcajadas sarcásticas» de las novelas policíacas.

Por supuesto, se plantea un problema. ¿Qué es la alegría? ¿Qué significa «paz interior»? Inútil apelar a las definiciones; siempre resultan incompletas, y de ahí que el mejor de los diccionarios en el fondo constituya un fracaso. El padre Mariana escribió que la alegría «muchas veces es agua»; ahora haría falta encontrar una definición convincente del agua. El filósofo Nishida, fundador de la escuela de Kioto, pretende que la paz del alma consiste en objetivarse, renunciando al yo; ahora sería preciso definir el alma y definir el yo, lo cual parece tan difícil como definir a los andaluces o como definir el reuma.

La alegría no es mesurable, no puede pesarse; se siente y nada más. Por ello el hombre más auténticamente alegre es aquel que lo está «sin saber por qué», disposición que se da con frecuencia entre los niños, los locos y los seres que viven con profundidad una fe religiosa. Tampoco es mesurable el íntimo consuelo de la paz. «¿Qué te ocurre? Tus ojos brillan.» «No sabría decirte. Siento una gran paz.» El mundo que nos rodea, dejando a un lado el diccionario, no siente ni alegría ni paz, y es inútil que recurra a las agencias de viajes o que saboree con lentitud el placer de «Marlboro», ya que el mal que le aqueja no se cura fumando rubio en un avión.

Me consta que la situación no es nueva. En el Apocalipsis se lee: «Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo, pero estás muerto.» El autor, un hombre llamado Juan, no se refería en exclusiva al siglo veinte; era poeta y, por tanto, intemporal. Pero al margen de los Libros Sagrados, cuyos textos, manejados con picardía, permiten demostrar lo que a uno se le antoje, la escueta verdad es que todas las épocas han conocido el pavor e incluso la angustia, y que los trabajos arqueológicos, dondequiera que se realicen, terminan siempre por encontrar un esqueleto. Ahora bien, existen matices, que

aparecen claros al compás de la historia. Matices derivados del modo de vivir. Y del número de los que viven. Y de sus posibilidades de comunicación. En consecuencia, cabe admitir que el singular desasosiego de nuestro tiempo, lo que le imprime un carácter contagioso e inédito, es la participación. El enterarnos minuto a minuto de lo que ocurre con lo demás, de lo que les ocurre a los demás. Antaño los clanes eran reducidos, con sólo un mensajero que de tarde en tarde traía noticias. Naufragaba un barco y sólo lo sabía el mar. Ha habido terremotos de los que ninguna crónica ha hablado nunca. De pronto, el telégrafo empezó a transmitir con prisas el dolor. Luego entró en liza la radio. Por último la televisión, capaz de ofrecernos en directo las matanzas del Líbano o la rabia infinita de los volcanes de Islandia. Por otra parte, ahora sumamos cuatro mil millones los habitantes de ese pequeño planeta que, según los cosmonautas, visto desde allá arriba es azul, pero que, según los huérfanos angoleños debe de ser rojo, violentamente rojo, tanta sangre se ha vertido en él desde que a Cain —otra vez los Libros Sagrados— se le ocurrió escribir con sarcásticas carcajadas la primera novela policíaca.

Ese incesante bombardeo convierte al hombre actual en fácil presa del desamparo. Podrían aducirse copiosos ejemplos de «participación» forzosa: las víctimas de secuestro, los rehenes, los corresponsales informativos que han perecido al pie del télex o de la máquina de escribir. Pero sospecho que el ejemplo arquetipo lo encontraríamos en la imprevisible reacción provocada por Pablo VI con motivo de entonar el «mea culpa» de la Iglesia y anunciar que ésta borraba de su vocabulario la palabra «deicida» aplicada hasta entonces al pueblo judío. Los niños árabe-cristianos de Belén, instigados por los mayores, enviaron al Vaticano un enérgico telegrama de protesta. A seguido, fueron los niños cristiano-árabes de Egipto. Y luego los de Amán y de Damasco; y así, unos después de otros, los niños de toda la geografía de la media luna. «Si el Papa puede perdonar a los judíos el haber matado a Cristo, también puede borrar del mundo el pecado original.» La repesalla de la grey infantil podía llegar lejos: pasarse a los griegos ortodoxos o al protestantismo. Pablo VI quedaría pasmado; y acaso no haya reaccionado aún. Tal vez ahí comenzase su progresiva pérdida de la alegría. Tal vez ahí se iniciase su proceso de artrosis, que amenaza con convertir la infalible silla de Pedro en un vacilante sillón de ruedas.

Claro que hay defensas y refugios contra ese ataque frontal. Uno de ellos, la indiferencia. Hacer como que no se oye, hacer como que no se sabe. Cada día es mayor la cifra de hombres que, ante el espectáculo del mundo masificado y enfermo, exclaman: «¡ahí me las den todas!». Por eso se especula sobre la hibernación como sistema pragmático para pro-

longar la existencia. No obstante, está por demostrar que un corazón congelado sea un corazón alegre. Otro sistema aconsejable es el amor. Pero el amor, también a la espera de una definición válida, sólo trae consigo la paz en tanto en cuanto se convierte acto eficaz para los demás. Aparte de que los sabios actuales lo someten al juicio de las computadoras y de la bioquímica; y aparte también de que sentir amor iluminado, puro, es tan difícil como distinguir entre lo que es problema y lo que es misterio.

De añadidura, no puede olvidarse que cuando se produce una situación de contagio —y en ello estamos—, el ser humano, sin advertirlo, dimite de sus posibilidades de resistencia. Pasa por las calles malhumorado y repitiendo: «no hay nada que hacer». En la órbita marxista, ello podría resumirse en la conocida advertencia que formuló Lenin —Lenin el desconciado—, después de escuchar una sinfonia beethoveniana: «Cuando uno oye esas cosas tiende a pensar que el hombre es bueno y a pasarse la mano por la cabeza y a abandonarse a alguna clase de peligroso optimismo.» ¿Por qué peligroso? En la órbita occidental, la que no se sabe si «adora al becerro de oro o al oro del becerro», el hombre acaba por descubrir que el triunfo es efímero, que el placer es siempre superficial y la pena siempre honda, y que si Sartre escribió «La Náusea» fue porque intuyó que Hemingway, símbolo concupiscente, acabaría disparándose un tiro en la boca.

A menudo pienso que el hombre contemporáneo está insatisfecho porque ya no vive «en» la naturaleza sino contra ella. Cada vez que tala un árbol guillotina a un semejante; cada vez que contamina las aguas de un río hace que alguien se muera de asfixia o de sed. No se trata de cantar con nostalgia al habitante de las cavernas, cuyos colmillos provocarían en nuestros ruidos la gran desbandada; pero tampoco es lícito cantar eufóricamente el inmediato futuro, que se presenta incierto, con muchas aleaciones metálicas, mucho plástico, mucho arte desgarrado y un peligroso cósmico mitad soñado, mitad real, que colma de gozo a las pitonisas y excita la avidez de los sepultureros.

Me pregunto si no nos estará haciendo falta un Simplificador. Y un sillón en casa. Y un poco de silencio. Me pregunto si la humanidad no se habrá vuelto ornitológica. Habla, habla, no cesa de hablar. Hay micrófonos en los lavabos, altavoces en las esferas, los locutores son legión. Me rebelo contra los epitafios al uso: «Descansa en paz.» Deberíamos descansar en paz mientras vivimos. Cipreses, brisa suave, hierba verde, no para los muertos sino para los vivos; aunque los diccionarios, también ornitológicos, no acierten a definir lo que es el verde, lo que es la brisa, lo que, sea un ciprés.

José María GIRONELLA

¿CUANTOS AÑOS?

LOS TERMINOS DE LA ANGUSTIA

DE pronto, en una lectura descuidada, tropiezo con la expresión «angustia existencial», y no puedo evitar un movimiento de sorpresa. Ya casi había olvidado que, un día, eso fue un tópico. ¿Cuántos años hace? Muchos, sin duda. Miro la fecha del papel, y, en efecto, son muchos. Yo todavía era bastante joven. Si no recuerdo mal, incluso escribí versos. Tuvo que ser como digo, porque produje versos «angustiados». ¡Dios sabe a dónde han ido a parar! Lo cierto era que, por entonces, lo de la «angustia existencial» funcionaba en serio. Estoy seguro de que, cuando confeccionaba mis poemas patéticos, llenos de interrogantes sobre la Muerte —con mayúscula— y la Divinidad —idem—; mi intención no podía ser más sincera. Ahora no sabría explicar cómo superé aquella incordiante molestia «metafísica». Pero, desde luego, no fui yo el único en sobreponerme. El hecho es que, en definitiva, la «angustia existencial» ha desaparecido de los usos literarios. Hasta el propio Sartre, que fue su principal propagandista, la ha dejado de lado. Por lo menos, en sus últimos libros no se nota.

Uno, en principio, tiende a alegrarse de la anécdota. En última instancia, significa que los «tópicos» envejecen más rápidamente que las personas. Quizá no siempre ocurrió así, pero está ocurriendo. En el pasado, todo se desliza con una lentitud tan «geológica», que apenas se percibían los «cambios». La noción de «cambio» es decisiva, a partir del XVIII, y sobre todo, y aceleradamente, después. Entre la gente que, en este mismo instante, puede leerme, no serán pocos los que han saltado de la tartana al reactor. Por ejemplo. Es una manera de decirlo. Convendría decirlo de otra

manera, más pulcra, más circunstanciada, más sociológicamente correcta. Pero creo que ya se me entiende. Los «cambios» o «transformaciones», son de base: afectan al sistema de producción, en sus complejas vicisitudes. La marcha de la «historia», desde este ángulo, ya no es lo que era. Me temo que un determinado marxismo excesivamente elemental no recoja la evidencia en sus conclusiones doctrinales. ¿Por qué la «angustia existencial», unos lustros atrás? ¿Y por qué ya no? Habría más datos a poner sobre la mesa: sobre la pintura y la escultura, sobre la música, sobre la novela, sobre la poesía...

No se necesita ser un lince para observar que, a partir de 1960 —más o menos—, la «angustia existencial» fue de capa caída. El éxito del «existencialismo» tras la Segunda Guerra Mundial ya era una peripécia bien extraña, a simple vista. La guerrilla —o guerrillería— intelectual francesa, obviamente antinazi, continuaba siendo tributaria del enemigo: del siniestro Heidegger, sin ir más lejos. La parte de culpa de Sartre queda por sopesar. Sartre evolucionó. Su último episodio es el de la adhesión ideológicamente pederástica a los chavales del Mayo famoso y sus sucesores. Sartre ha debido descubrir que los sucesivos muchachos a quienes avalaba no se caracterizaban justamente por ninguna forma de «angustia». Si alguna sentían no era la «existencial». Unas recientes declaraciones del filósofo, anciano y ciego, que todos hemos podido leer, revelan que ni siquiera él, a estas alturas, experimenta «angustia» alguna. Sospecho que él menos que nadie. La «angustia existencial» es una especie de morbo de la adoles-

encia. O lo fue. No parece que los adolescentes actuales estén demasiado «angustiados». Habría que verlo.

El «existencialista» de la posguerra europea —el canto del cisne del París hegemónico— fue una lógica explosión de amargura mal definida.

Il était beau, il était triste,
il était existencialiste;
il était triste, il était beau,
il était existencial.

cantaba, bromeando, un «chansonier» de la época. Luego vinieron los hippies, pongo por caso. Entre el «existencialista» y el «hippy» median muchas cosas. No me siento con ánimos para perfilar la cronología ni la sutileza de las especies, pero ¿no se interfieren los «provos», los de la «beat generation», y mil fantasmas más? Sin contar con la pululación de los troskos, los maos y los anarcos. Y, por supuesto, contando con los chicos conservadores: hijos de papá, que saben lo que se hacen, o prolos sin conciencia de clase, y a empedinada papilla fascista. En esta vaga y vasta gama de opciones, la «angustia existencial» no cuenta para nada. Nadie la confiesa como tal. Si los chavales sufren alguna «angustia» —ellos no la califican así—, no es «existencial». Su «angustia» —¿no será su ira?— proviene de condicionamientos imperterritos.

No merecen el nombre de «angustia» las reacciones revolucionarias vigentes. Que son muchas. La idea de «revolución», siendo esencialmente clasista, ya no se cinea a las reivindicaciones de clase. Las mujeres, sin salir de casa —o saliendo—, plantean una espeluznante reclamación. O podrían plantearla. Hoy por

hoy, el «feminismo radical», aún es una tentativa burguesa: una cuestión de damas distinguidas que pretenden «desalienarse». En estas latitudes, si más no. Además de las mujeres, y con idéntica denuncia interclasista, deberíamos sumar las demás marginaciones: las sexuales, las de raza, las de credo, todas las que se conciten, y las nacionales entre ellas. ¿Hay «angustia» en lo hondo de estas «ansiedades» políticas? No se trata de una «angustia existencial». Son «angustias» corrientes y molientes. Los existencialistas quisieron «ontologizar» su problema lírico: el «ser para la muerte», como resumía Heidegger y asumió Sartre. Las «angustias» no existencialistas son, no «existenciales», «sociales».

La vieja y desacreditada «angustia existencial», con todo, se aguenta. Los consultorios de la docta y ambigua psiquiatría se nutren de «angustias». ¿Existenciales? Yo no diría que sí. Pienso en la trampa que supone darle categoría universal a una mediocre angustia —congoja— familiar. Un médico como Dios manda podría resolver el drama. Una receta de barbitúricos, una dieta, una recomendación de lecturas, podrían ser terapéuticamente satisfactorias. Eso pasó. La «angustia existencial» se evaporó ante las narices de monsieur Sartre. La «angustia existencial» puede curarse con mercancías de farmacia. Las «angustias sociales» exigen otras emergencias —dificultosas— de remedio... Pragmáticamente, la «angustia existencial» ya no es nada. O casi nada. Citeme ustedes un existencialista con todas sus consecuencias. Ni siquiera en la España orteguiana. Y sin embargo...

Joan FUSTER

Rumbo a lo exótico



	Pesetas
THAILANDIA 21 agosto, 2 octubre, 27 diciembre	43.775
MEXICO 3 y 17 agosto, 7 septiembre, 5 octubre	62.625
INDIA, NEPAL Y BANGKOK 31 julio, 14 agosto, 4 septiembre	64.500
SURESTE ASIÁTICO 10 julio, 7 agosto, 9 octubre	74.170
SEYCHELLES Y CEILAN 19 julio, 23 agosto, 13 septiembre	76.035
EXTREMO ORIENTE 3 y 10 agosto, 7 sept., 5 oct., 14 dic.	79.750
SUDAMERICA 14 agosto, 11 sept., 2 octubre	114.435

Todos estos viajes pueden ser abonados en cómodos plazos.
¡¡Visitenos y le informaremos!!

ATLAS EXPRESO, S.A. Agencia de Viajes Grupo A Tit. 95
P.º Gracia 83 Tel. 215 00 00

SORDO
compruebe las extraordinarias ventajas del nuevo audifono MICROSON 30

Tamaño reducido • Mandos adicionales
• Audición frontal • Micrófono Electret
• El aparato con más versiones adaptadas a los tipos de sordera.

GAES
PIONEROS EN TÉCNICAS AUDIOLOGICAS
Avda. Generalísimo Franco, 474, planta baja
BARCELONA - 8
Caspe, 12 BARCELONA 10

E.N. HIDROELECTRICA DEL RIBAGORZANA, S.A.

Vendemos EQUIPO DE ESPECTOMETRIA MANUAL DE FLUORESCENCIA DE RAYOS X, compuesto de espectómetro de rayos X, máquina impresora, equipo de refrigeración, estabilizador de corriente, acondicionador de aire, equipo preparación de muestras, molino, prensa y estufa de secado. Todo ello en perfectas condiciones de funcionamiento. Para información sobre el particular, llamar al teléfono de Barcelona 227-15-51. Sr. Mariñosa, de 8 a 15 horas, excepto sábados.

B. U. P.

PREMIER - Pelayo, 8 - Telf. 301-98-90 y 301-98-30
Abierta matrícula curso 76-77, plazas limitadas